


JUAN CARLOS AVALOS

Los relatos de
Albany

La historia verídica de
una joven venezolana

UNIVERSO
LETRAS 

Capítulo I

Mi niñez

Hola, mi nombre es Albany, nací en 1990 en San Félix de Guayana, una pequeña ciudad venezolana del estado de Bolívar ubicada al este del país, a orillas del río Orinoco.

Mi madre, Margarita, tuvo seis hijos, tres de los cuales, Eduardo, Yohannys y Karina son hijos de su primer esposo, y los otros tres, Alexander, yo y Arturo, en ese orden, somos hijos de su segundo matrimonio con Atilio.

Mi madre es una mujer alta, morena, de espíritu muy alegre, y siempre se la ve con una franca sonrisa dibujada en el rostro, la cual mantuvo aun en los momentos más duros que le tocó afrontar en su vida, y que, por cierto, fueron muchos.

Atilio mi padre, es colombiano e ingeniero agrónomo de profesión. Lo recuerdo como un hombre alto, delgado, de tez blanca y cabello negro, aunque muchos detalles de su fisonomía de entonces se me han olvidado, pues dejé de verlo, por razones que contaré más adelante, cuando solo tenía tres años.

Al momento de mi nacimiento, mi padre trabajaba en una finca en Ciudad Bolívar. Si bien él por su profesión amaba trabajar en el campo, parece que no estaba muy conforme con la forma en que se manejaban las fincas en Venezuela, pues después del nacimiento de mi hermano Arturo, cuando yo tenía alrededor de un año, nos mudamos a la ciudad colombiana de Medellín, en donde vivían la madre y los hermanos de mi padre.

La familia de Atilio vivía en una casa de tres plantas muy amplia, donde dos de los pisos estaban ocupados por sus hermanos con sus respectivas familias, y el otro lo ocupaba mi abuela paterna, que lo compartió con nosotros.

En Medellín había muchas más posibilidades laborales que en Venezuela, así que mi padre en pocos días consiguió un buen puesto de agrónomo en una finca.

Allí supervisó la crianza de los animales y mejoró las actividades rurales típicas que eran necesarias para mantener la finca en funcionamiento, haciéndola más productiva y rentable.

Mis padres tenían muchos amigos, tanto venezolanos como colombianos, y frecuentemente había en la casa reuniones en las que se rumbeaba¹ y, por supuesto, se bebía mucho alcohol. Rumba y alcohol sumados al espíritu alegre de venezolanos y colombianos convertía esas fiestas en divertidísimas parrandas, que podían durar hasta altas horas de la madrugada.

Pero tanto, mi madre como mi padre bebían demasiado, y como ambos tenían «mal trago»,² frecuentemente había fuertes discusiones que se convertían, casi siempre, en feroces riñas.

Con el paso del tiempo, las riñas y discusiones se hicieron cotidianas, y las desavenencias deterioraron la relación de pareja hasta

¹ Rumbear: festejar, festejar, parrandear

² Mal trago: se dice de las personas que al emborracharse se vuelven agresivas y peleadoras.

hacerla insostenible. Esa situación llevó a mi madre a tomar la decisión de abandonar a Atilio y retornar a Venezuela.

Mi padre no se opuso a la separación, pero le exigía a cambio que dejara con él a su primogénito, Alexander.

Esa condición que quería imponer mi padre originó encendidas discusiones con mi madre, quien finalmente, harta de la situación, cedió y dejó a Alexander en Medellín al cuidado de su padre y su abuela.

La inmensa tristeza que invadió a mi madre por haberse separado de ese hijo que quedó en Colombia perdura hasta hoy en día, y frecuentemente cuando recuerda a Alexander aflora en ella una inmensa tristeza que la hace llorar acongojada.

Yo ya tenía tres años cumplidos cuando mi madre y mis cuatro hermanos volvimos a Venezuela.

Nuestro destino fue Puerto Cabello, una ciudad ubicada en el norte del país sobre el mar Caribe, con playas hermosas y un cálido clima tropical.

En Puerto Cabello vivía mi tía Yolesia, hermana de mi madre, quien nos cobijó en su casa, a donde llegamos con lo puesto y sin dinero.

Yolesia es una mujer morena, alta y de cabello largo, madre de tres hijos. Sirelayet es la mayor, Yeisis la segunda, ambas mucho mayores que yo, y, por último, Yomar, el varón, que me lleva apenas dos o tres años.

Mi tía Yolesia está casada con Ettore, y en ese entonces cuando nosotros regresamos de Colombia, vivían con sus hijos en una casa muy grande, con cinco habitaciones, una hermosa sala «porche» y una gran terraza.

Mi tía siempre amó mucho a los animales y en su casa cobijaba a todos los que encontraba, y también a los que algunos vecinos le dejaban. Entre ellos, había un tucán, varios conejos, una tortuga, varios loritos, un mono tití que se llamaba Ñaki y que llegó a la

casa siendo un bebé con pañales. También había una jaula gigante con más de cien pajaritos de colores que alegraban la casa con su canto, por último, cuatro perros recogidos de la calle, y uno de raza chow chow que algún vecino le había regalado.

Un día llegó a la casa un águila herida, y Yolesia, con su santa paciencia, se fue acercando poco a poco a ella, hasta lograr su confianza para poder curarla. Cuidó del águila hasta el día que volvió a volar y abandonó la casa, aunque no para siempre, pues de vez en cuando regresaba como para saludar a su benefactora.

El solo hecho de recordar esa casa tan especial me produce nostalgias de mi niñez, de los interminables juegos con mis primos, de las peleas con Arturo, mi hermano pequeño, y de las salidas para divertirnos con los vecinos que se unían a nuestra «banda» para jugar a la pelota, a la ere, a la metra y a muchos otros juegos populares de la época.

Fue una niñez extremadamente divertida que estrechó vínculos con mis hermanos y mis primos, que perduran invariables hasta el día de hoy.

Al poco tiempo de estar en Puerto Cabello, mi madre se enteró de que a pocas cuadras de la casa de mi tía había una casa abandonada, y en su desesperación por la falta de un techo propio, y herida en su orgullo por tener que vivir con su hermana, decidió ocuparla.

La casa estaba en un amplio terreno y parecía perfecta para nuestra familia. Tenía dos cuartos, un gran patio y un amplio terreno para jugar. Era un lugar ideal para nosotros, así que los cinco hermanos nos mudamos de lo de mi tía para vivir allí con nuestra madre.

Pero alguien que decía ser el dueño de la propiedad comenzó a hostigar a mi madre para que desalojara la casa.

Al poco tiempo de recibir los insistentes pedidos de desalojo, que mi madre siempre ignoraba, «se produjo» misteriosamente un fuerte incendio que destruyó totalmente la vivienda.

Afortunadamente, nadie sufrió heridas o quemaduras, aunque yo tuve una profunda tristeza cuando supe que mi pobre gatito Pancho había muerto en el incendio.

Tanto mi madre como los curiosos vecinos reunidos en la calle pensaban que el presunto dueño de la casa era el culpable del criminal incendio, y cuando el tipo se acercó al lugar estando aún humeantes los restos de la casa, todos comenzaron a insultarlo y a agredirlo con creciente indignación. Finalmente, antes de que la cosa pasara a mayores, la policía detuvo al tipo, que quedó preso por varios días, aunque por la falta de pruebas concretas que lo vincularan con el incendio pronto quedaría en libertad.

Nos habíamos quedado sin techo, así que mis cuatro hermanos y yo tuvimos que volver a vivir con mi tía Yolesia, mientras mi madre partía una vez más en busca de algún lugar para vivir y reunir nuevamente a la familia.

Mientras vivimos con mi tía, mi madre nos visitaba frecuentemente, pero en su ausencia fue mi tía la que se hizo cargo de nuestra crianza y educación, brindándonos amor, techo y comida durante casi siete años.

Yolesia era muy estricta con los niños, pero sumamente cariñosa. Siempre nos consideró y nos trató como si fuéramos sus propios hijos.

A los seis años, comencé el kínder en Puerto Cabello, y al año siguiente llegó la hora de la escuela primaria.

Me gustaba mucho estudiar, era una alumna muy aplicada, y los maestros decían que era muy inteligente, aunque tenía algunos problemas de conducta. Hablaba mucho, era pendenciera y peleaba como un varón, era bochinchera e hiperactiva.

Mi pobre y paciente tía tuvo que concurrir muchas veces a la escuela, citada para escuchar las quejas debidas a mi mala conducta. Luego me regañaba y se enojaba, pero finalmente cedía, pues me quería, y aún me quiere mucho.

Siempre fui para Yolesia su «Chinita», apodo que me dio por mis ojos rasgados, y que hoy en día todavía usa cuando se refiere a mí.

Mi tía es sumamente creyente y activa practicante de su culto. Por esa razón, todos los días por la tarde iba con Ettore al templo a participar del servicio. Asimismo, durante los tiempos de la escuela primaria, los niños de la casa debíamos asistir todos los domingos a la escuela dominical, en donde nos enseñaban las Sagradas Escrituras. Recuerdo el empeño que todos poníamos en aprenderlas, pues periódicamente el maestro le daba algún premio a aquel que recordaba y recitaba mejor algunos de los versículos que aprendíamos. Allí también se nos inculcó el temor a Dios como ser todopoderoso que podía castigar a quienes «perdieran el camino del Señor».

Morón

Después de todos esos años que permanecemos en lo de mi tía, mi madre pudo finalmente acceder a la compra de un terreno en un suburbio costero de Morón, pueblo del estado de Carabobo bendecido con hermosas playas sobre el mar Caribe, a unos veinte kilómetros de Puerto Cabello en donde, como dije antes, vivíamos con mi tía.

En ese suburbio llamado Palma Sola, a solo dos cuadras de la playa mi madre hizo construir una pequeña y precaria casita de tablas de madera, que era una más entre los tantos ranchitos que estaban en construcción en esa zona nueva, que recién se estaba comenzando a urbanizar.

Así fue que poco después de terminar la escuela primaria, a los once años, nos mudamos una vez más de la casa de mi tía, para vivir nuevamente con nuestra madre en Palma Sola.

Hasta el momento de la mudanza, mi tía me había vestido siempre con faldas, blusas o vestidos muy discretos, en un todo de acuerdo con los preceptos morales que le marcaban sus creencias religiosas, pero ya en casa de mi madre, quien no era nada estricta y no se fijaba mucho en la vestimenta de sus hijos, comencé a usar ropa más vistosa, como pantalones, *shorts* y alguna faldita corta. En pocas palabras, en casa de mi madre comencé a gozar de mayor libertad.

Pero debo decir también que mi madre tenía creencias religiosas, aunque mucho más volubles que las de mi tía. Primero fue evangelista, luego se inclinó a creer firmemente en los santos, y la casa se llenó de estampitas a las que ella siempre les prendía velas como ofrenda. Luego fue pentecostal, y después testigo de Jehová, para finalmente alejarse de todas ellas.

Mi madre no se ocupaba mucho de nosotros, así que la única que me controlaba y que cuidaba de mi educación era mi hermana Yohannys.

Nunca me gustó Morón, pues era un pueblo aburrido, con muy pocas oportunidades para divertirse. Solo en el centro había algunas tiendas y algún bar, que no eran atractivos para los jóvenes.

Supongo que será por esa razón que ya de pequeña sentía la curiosidad de conocer verdaderas ciudades y de explorar otros lugares más interesantes que Morón.

Con el paso del tiempo, sería esa curiosidad la que me llevaría a iniciar una vida excitante y aventurera.

El Liceo Agropecuario

Unos días antes del fin de curso de la escuela primaria, organizamos con mis compañeros una reunión en una casa con piscina, a la que todos confirmaron su asistencia. Por supuesto que yo no

me la quería perder, pero mi tía no me dejaba ir, porque se hacía fuera de la escuela. Ella decía que yo debía ir solo a la fiesta formal de fin de curso, que se haría en pocos días más.

En esos últimos días de clase, solo iban a la escuela los alumnos con algún problema de calificaciones, y aunque ese no era mi caso, inventé una excusa para poder ir a la fiesta.

Ese día me puse debajo del uniforme mi traje de baño, y le mentí a mi tía que tenía que ir a la escuela para resolver un problema.

Cuando regresé a la casa, ella notó que mi ropa estaba húmeda, pues el traje de baño no se había secado bien. Así descubrió que la había engañado.

Se enojó tanto que me prohibió ir a la fiesta de fin de curso formal, y me dijo que para corregir mi rebeldía me iba a anotar en un liceo con internado, pensando que yo en un régimen así extrañaría a la familia, reflexionaría y mejoraría mi conducta.

Yolesia supuso que yo le rogaría que no lo hiciera. Pero no lo hice, y por el contrario le dije que quería ir a un liceo así.

Así fue que me inscribí en un semiinternado en la ciudad de San Felipe, como setenta kilómetros al sur de Morón.

Se trataba de un liceo con orientación agropecuaria, en donde después de seis años de estudios, se obtenía el título de Técnico Medio Agrícola o Pecuario.

El liceo se encontraba en un predio enorme, que posibilitaba cómodamente el desarrollo de las tareas propias del campo. Los alumnos ingresábamos los lunes a las 5:00 de la mañana, y salíamos los viernes a las 15:00 h.

Al predio se ingresaba por un arco que daba a un camino de concreto de más de un kilómetro de largo, que llevaba al edificio principal.

El camino estaba rodeado de palmeras, arbustos y árboles cuyos variados tonos de verde hacían la caminata más que placentera.

Además de la bella arboleda, dos ríos cursaban por el predio, y el sonido del agua corriendo por ellos me producía una inolvidable sensación de paz.

El edificio, además de las aulas para las clases, contaba con cuatro grandes dormitorios, uno para las niñas de primero hasta tercer grado, otro para las de cuarto a sexto, y dos dormitorios más para los varones, que se dividían por edades con el mismo criterio que las niñas. Además, había una amplia cocina y un enorme comedor con mesas y bancos de madera, en cantidad suficiente para que todos los alumnos pudiéramos comer juntos.

Recuerdo que los platillos que nos servían eran bastante sabrosos, y que siempre incluían ingredientes frescos producidos en la granja del liceo.

Fue en el Liceo Agropecuario en donde hice mis primeras amistades. Allí conocí a Katherine, quien en poco tiempo se convertiría en mi mejor amiga, y más tarde en compañera de andanzas, aventuras y borracheras. También conocí a Salvador, quien unos años después se convertiría en mi primer noviecito. También recuerdo siempre a otros compañeros de clase, como Andy, Aria, Rosar, y tantos otros, con los que compartí los tres años que concurrí a ese Liceo.

Mi conducta era mala, mucho peor que en la escuela primaria. La rebeldía de mi adolescencia fue muy intensa. Era muy conversadora, solía pelear con otros alumnos y me gustaba hacer picardías. Sin embargo, era estudiosa y una alumna muy aplicada. No me gustaban mucho algunas materias tales como Castellano, Geografía e Historia, pero descubrí que disfrutaba estudiando Matemática, Física y Química.

Una de las picardías más memorables la hice un día que nos llevaron de visita al viejo edificio del liceo, que estaba en una loma alta, bastante alejada del nuevo.

Como ese edificio estaba abandonado, era muy oscuro, lúgubre, y nadie hubiera querido estar allí en soledad, y menos Willmer, que era un compañero muy, muy asustadizo.

Estando muy cerca de él, en uno de los pasillos más tenebrosos, yo simulé quedarme paralizada mirando con cara de horror a una de las aulas vacías, y cuando él me miró, comencé a gritar: «¡Me mira, ¡hay alguien allí que me mira!».

Tal fue el susto que se llevó Willmer con mi actuación, que salió corriendo despavorido y en total pánico del edificio, con tanta mala suerte, que terminó rodando por un barranco, quebrándose en la caída varios huesos.

Un tiempo después, tuve con Willmer una pelea en la que él me propinó un golpe que me dejó un gran chichón en la frente. Esa fue, quizás, su venganza por mi broma que lo dejó bastante tiempo enyesado.

Cuando faltaba algún profesor, o había algo de tiempo libre entre clases, solíamos reunirnos a la orilla de uno de los ríos a conversar y divertirnos. Un grupo de alumnos, entre los que se encontraba Salvador, hacía allí sesiones de «espiritismo», y cierta vez mi curiosidad me llevó a participar, para ver de qué se trataba.

Los «espiritistas» se reunían en un círculo, fumaban bastante tabaco para hacer humo, prendían velas de colores, y al son de algunos tambores invocaban a los espíritus.

Luego de la invocación, y mientras la mayoría murmuraba rezos, uno de los participantes comenzaba a tener convulsiones, y sus ojos se movían espasmódicamente hacia arriba, hasta que se le daban vuelta y quedaban en blanco. En ese trance comenzaba a expresarse como poseído por algún espíritu que hablaba a través de él.

Apareció en uno de ellos alguien que decía ser el espíritu del Malandro Ismael, que había sido un popular ladrón, que robaba a los ricos para darle a los pobres, por lo que se lo apodaba el Robin Hood venezolano. También apareció en otro la negra Tomasa,

que había sido una esclava que cosechaba café y cacao allá por el siglo XVII, y que después de su muerte, dicen, comenzó a aparecer para asistir a aquellos que necesitaban ayuda.

Yo era una niña muy inocente, y esos ritos, simulados o no, parecían tan reales que me impresionaron profundamente, más aún teniendo en cuenta el temor a Dios que me habían inculcado, tanto en casa de mi tía como en la escuela dominical.

Después de esa sesión, el temor me persiguió por un tiempo, lo cual se magnificaba porque Salvador disfrutaba haciéndome creer que esos espíritus me observaban en el baño cuando me duchaba. Por esa razón, siempre que me bañaba miraba a mi alrededor temerosa de encontrarme con los ojos de alguna de esas apariciones.

Pero la orilla del río no servía únicamente para esas charlas y ritos. Algunos de los alumnos más grandes, de tercer año en adelante, se escabullían a esos lugares y tras los arbustos aprovechaban para tener sexo. Por esa razón, hubo en el liceo varios casos de embarazos producto de esas «escapadas».

Otra anécdota que recuerdo bien fue el escándalo que hubo en el liceo cuando se supo que una de las alumnas, de no más de trece años, convivía con uno de los profesores, quien posteriormente a que todo se supiera renunció, o fue despedido del liceo.

Luego nos enteramos de que la niña sufría maltratos de su padrastro, y que eso la llevó a escapar de su casa y pedirle amparo a ese profesor, que pronto se convirtió en su pareja.

Cuando llegaban los fines de semana, nosotras los aprovechábamos para viajar y conocer algo de los diferentes pueblos en donde vivían algunas amigas, como, por ejemplo, Canoabito, que es un pequeño poblado a unos cuarenta kilómetros de Morón, en donde vivía Katherine. Otras veces, disfrutábamos aventurándonos a visitar otros lugares más alejados.

También cada tanto nos reuníamos con nuestro grupo de amigos, con quienes planeábamos salidas aquí y allá. Nos divertíamos sanamente y disfrutábamos de la amistad.

Fueron tres años plenos de nuevas experiencias y libertad sin limitaciones.

El primer contacto que me provocó curiosidad por el sexo lo tuve con una compañera que se llamaba Ariagni, a quien todos conocían como la Peíto,³ apodo que se había ganado cuando en una reunión se echó un pedito ruidoso que todos notaron. A partir de ese momento la pobre sufría el *bullying* de algunos compañeros, que cuando la veían le cantaban aquello de «El pedo es un aire ligero, que sale por un agujero, y siempre anuncia la llegada de su amiga la cagada...».

Ariagni era una niña muy bella, delgada, pero dueña de un trasero notablemente prominente que a todos les llamaba la atención.

Una noche de tormenta, un tremendo trueno la asustó tanto que bajó de su cama temblando. Yo la vi tan perturbada que le ofrecí que se acostara conmigo.

Cuando se calmó a mi lado, sentí que me tocaba tímidamente las piernas. Como sus caricias me resultaban agradables, la dejé seguir, y ella, más audaz, llegó con sus dedos a mi vagina. Por primera vez sentía cierta excitación con esa exploración que la Peíto hacía de mi cuerpo, y me animé a hacerle lo mismo a ella. Ariagni tuvo siempre la iniciativa, y yo solo copiaba sus caricias. Entonces me introdujo suavemente dos dedos en la vagina, yo se lo hice a ella, y nos masturbamos mutuamente. Ella se agitó, se puso tensa y emitió un ahogado gemido cuando tuvo su orgasmo. Yo solo sentí algo húmeda mi entrepierna, y así concluyó todo. Nunca más se repitió.

³ Peíto: pedito, pequeña flatulencia.

Cuando estaba por finalizar el tercer año lectivo del liceo quisimos aprovechar las vacaciones para trabajar, y así hacer algo de dinero que siempre hacía falta.

Con Katherine nos pusimos a buscar ofertas en los periódicos, y nos llamó la atención un aviso de una agencia de San Felipe que buscaba modelos. Pedían señoritas de dieciocho años en adelante, y aunque yo tenía trece años y Katherine quince, decidimos postularnos.

Para nuestra sorpresa fuimos rápidamente convocadas para una entrevista, y llenas de expectativas e inocencia, nos presentamos el día indicado en el departamento donde funcionaba la agencia.

Allí nos recibió una señora muy simpática que alabó nuestra belleza y nos dio los detalles del «trabajo».

Lo que estaban buscando eran jovencitas para trabajar en prostitución. La agencia se encargaba de enviar fotos de las chamas⁴ a los clientes, que luego concurrían a los privados del departamento en donde la elegida lo atendía.

Yo aún era virgen, y solo la idea de trabajar como prostitutas nos espantaba tanto a ambas que declinamos la propuesta asustadas, y mientras la señora no dejaba de insistir en las bondades económicas de esa «actividad», nos escapamos del departamento.

A causa de mi mala conducta, las autoridades del liceo citaban frecuentemente a mi hermana para quejarse de mis travesuras. Lo cierto es que ella se esforzó mucho para corregirme, pero no pudo lograrlo, así que, al terminar el tercer año, cuando tenía casi catorce años, decidí retirarme del Liceo Agropecuario para que continuara mis estudios en otra institución.

Katherine, por el contrario, no tenía mala conducta, pero era tan mala alumna que no logró aprobar las materias para continuar el nivel siguiente, así que tampoco podía seguir en ese liceo. Ella nunca retomó los estudios.

⁴ Chamo/chama: joven muchacho/muchacha.

Al terminar el ciclo lectivo, cuando llegaron las vacaciones y mis compañeros y yo supimos que ese sería nuestro último año juntos, decidimos reunirnos y organizar una salida conjunta de una semana para compartir, quizás por última vez, la amistad forjada en esos años de liceo.

Mi primera vez

Andy, uno de mis amigos, propuso ir a la casa de su madre en la playa de Tucacas, paradisíaco balneario que queda a unos cuarenta kilómetros al norte de Morón. Allí la madre de Andy era propietaria de una cantidad de lanchas que trabajaban llevando turistas a las hermosas islas cercanas.

Por eso fue que decidimos ir allí a disfrutar una semana de aventuras, donde no faltarían las bebidas y las borracheras juveniles.

De la partida éramos cuatro chicas y tres varones, entre quienes estaba Salvador, que ya era mi noviecito. Él era un chamo moreno y muy alto, tanto que estaba un poco encorvado. Tenía un rostro agradable y unas notables cejas muy pobladas.

Como ya conté, Salvador fue uno de mis primeros amigos del liceo, y siempre había habido atracción entre nosotros, aunque ambos éramos vergonzosos y no nos animábamos a dar el primer paso, hasta que estuvimos en el tercer año. Entonces, un día, tras las aulas del liceo donde algunos compañeros se reunían entre clases, él me dio mi primer y tímido beso.

La casa de la madre de Andy tenía una sola habitación, así que dormíamos todos juntos, algunos en colchonetas puestas en el piso, y otros en las únicas dos camas que había.

Durante el día aprovechábamos la playa, y con las lanchas visitábamos las paradisíacas islas cercanas. Durante la noche rumbeábamos y bebíamos.

El último día todos asistimos a una fiesta playera nocturna muy cerca de la casa de Andy, donde disfrutamos de una hermosa fogata, con mucha bebida y rumba, sobre la blanca arena caribeña, con el mar y la luna llena de fondo. Una imagen inolvidable.

Salvador me propuso entonces dejar la fiesta para irnos a la casa solos, un poco más temprano.

La idea me puso sumamente nerviosa, pues sabía lo que quería Salvador, a quien también lo notaba ansioso y nervioso.

Confieso que tuve dudas, pero el alcohol que había ingerido me impulsaba a seguir adelante.

Al llegar a la casa y entrar al dormitorio comenzó la locura. Nos besamos apasionadamente, y noté que Salvador estaba sumamente excitado. Nos acostamos en una de las colchonetas, y Salvador me quitó el bikini y se bajó su *short*. Todo estaba tan oscuro que no se veía casi nada.

Mientras me besaba, Salvador abrió mis piernas con sus manos, e inmediatamente sentí un enorme güevo⁵ que me penetraba causándome un intenso dolor. Como reacción comencé a morder a Salvador el labio inferior tan fuerte que pude sentir su sangre en mi boca.

Él se movía frenéticamente, y tal era su excitación que solo notó el daño a su labio cuando se relajó después de acabar.

Me sentí horrible y desilusionada, porque había perdido mi virginidad sufriendo y sin placer alguno, aunque finalmente me había quitado la curiosidad de saber de qué se trataba ese asunto del sexo.

Con mi totona⁶ dolorida y la humedad del semen de Salvador corriendo por mis piernas, me higienicé, me puse nuevamente el bikini y volví a la fiesta playera. Me quedé con el grupo, hasta que todos juntos volvimos a la casa a dormir.

⁵ Güevo: palabra usada en Venezuela para referirse al pene.

⁶ Totonas: palabra usada en Venezuela para referirse a la vagina.

Esta fue la primera y la única vez que tiré con Salvador. Katherine y yo partimos a la mañana siguiente.

Mi segunda vez

Mi amistad con Salvador continuó por algún tiempo más, aunque como ya dije nunca más intimamos. También continuó mi amistad con Andy, quien frecuentemente nos invitaba a su casa de Tucacas, pero al resto de los compañeros que continuaron estudios en San Felipe nunca volví a verlos.

En uno de esos viajes a la casa que Andy tenía en la playa, Katherine y yo conocimos a dos chamos con quienes hicimos amistad. Con ellos bebíamos y rumbeábamos, y después de unos días nos invitaron a la casa de uno de ellos que también estaba en la playa, pero bastante alejada de la casa de Andy, así que nos despedimos de él y nos fuimos con los tipos que, a decir verdad, nos atraían mucho.

No recuerdo cómo se llamaba el que estaba con Katherine, pero sí recuerdo que no pasó mucho tiempo hasta que esos dos desaparecieron para «tirar»⁷.

El que estaba conmigo se llamaba Luis y tenía poco más de treinta años. Era de estatura baja, piel muy blanca, cabello renegrido y un rostro muy agradable y armonioso. Tenía una mirada tierna y una forma de hablar muy sensual. Me gustaba cada vez más, así que cuando me llevó al cuarto y comenzó a desvestirme, me sentí excitada y curiosa de volver a experimentar mi sexualidad, esperando no pasar por el sufrimiento que había tenido la primera vez con Salvador, hacía ya ocho meses.

La primera noche con Luis comprendí que podía disfrutar del sexo, y comencé a tomarlo más relajada y como algo natural. Yo

⁷ Tirar: expresión venezolana que indica el coito.

todavía no me cuidaba, pues no sabía cómo hacerlo porque aún nadie me había explicado nada sobre eso, así que tirábamos sin ninguna protección. Recuerdo que cuando Luis terminaba, yo disfrutaba de la sensación de calor que me producía su semen corriendo en mi vagina.

Luis se iba por la mañana y regresaba por la noche, mientras nosotras disfrutábamos del sol y la playa. Estuvimos en esa casa casi dos semanas, tirando a diario y pasando las noches juntos.

Más tarde me enteré de que Luis estaba casado y que tenía varios hijos. Él se iba cada mañana a su casa, y de alguna manera se las ingeniaba para dormir conmigo todas las noches.

El tipo dejaba a su mujer cuidando a sus hijos, mientras él le montaba los cachos.⁸ En esos días no solo aprendí a disfrutar del sexo, sino también a entender lo mentirosos e inescrupulosos que pueden ser los hombres.

El liceo en Morón

Mi hermana Yohannys, con gran esfuerzo, me consiguió una vacante en un liceo ubicado en el centro de Morón.

Allí cursaría el cuarto, quinto y sexto año, y egresaría como Técnico Medio en Informática, así que, al finalizar las vacaciones, retomé mis estudios allí.

Por suerte, pude adaptarme rápidamente. Yo venía de un sistema semiinternado en donde la convivencia era complicada, pero este Liceo era muy diferente, pues los nuevos compañeros eran tranquilos y aplicados en comparación con los del Liceo Agropecuario.

En el liceo de Morón mi conducta mejoró muchísimo, fui muy aplicada al estudio y siempre obtuve muy buenas notas.

⁸ Montar los cachos: engañar a la pareja, meterle los cuernos.

Fue en este liceo donde conocí a Jennifer, una compañera de curso con quien pronto hice amistad.

Jennifer era una muchacha muy hermosa, algo delgada quizás, pero con un bello cuerpo de curvas muy atractivas, y, sobre todo, dueña de un espíritu aventurero y alocado, tanto o más que el mío.

Siendo ella pequeña su padre había abandonado a su familia para formar otra, y posteriormente su madre falleció. Por lo tanto, Jennifer se automantecía «matando un tigre»⁹ de vez en cuando, aunque luego me enteraría que ella hacía sus buenos reales atendiendo sexualmente a algunos hombres.

Muchos fines de semana yo visitaba a Katherine en su casa de Canoabito, o bien ella visitaba mi casa de Palma Sola. En casa de Katherine conocí a su primo Richardi, quien me resultaba muy atractivo, y con quien tuve una aventura que contaré más adelante.

Katherine era una bella morena, delgada, y tanto como yo, ansiaba conocer nuevos lugares, personas interesantes y experimentar nuevas aventuras.

En mi primer año en el liceo de Morón comencé a notar que algunos compañeros y muchos hombres mayores se fijaban mucho en mí.

Evidentemente, les resultaba atractiva.

⁹ Matar un tigre: hacer un trabajo eventual de corta duración.